

# LA CIUDAD EN EL PUEBLO

En llegar la época estival, la ciudad levanta su vuelo y va a posarse temporalmente en el pueblo de nuestras montañas, en busca de descanso, de nuevos horizontes que atalayar, de tonificantes. Pero la ciudad lleva tras sí cuanto de bueno tiene y cuanto posee de defectuoso en esa grave inconsciencia que suele acaudalar en su vida ya monótona y triste, ya febril y luminosa. No parece sino que la ciudad tenga un sumo cuidado en transportar por doquier un imperialismo, el suyo, que subyugue al pueblo para borrar los pasados tiempos mejores, implantando unas normas confeccionadas por la impremeditación, y que resultan indignas por hallarse faltas de todo altruismo moralizador de vida.

La ciudad, al entrar al pueblo, debería hacerlo como el educador que se dispone a obrar magistralmente, sirviendo de modelo digno de copia, de adopción, de asimilación, para elevar el nivel costumbrista, dejando un sedimento de elegancia y de cultura que reproducirse pueda en las mesadas invernales. Y este laborar de sanidad lo alcanzaría la ciudad, si llevase al pueblo lo bueno de su ser.

Pero, desgraciadamente, ocurre lo contrario. La ciudad exporta casi siempre la más mala de sus tonalidades. Ocurre hoy en día una triste demostración de inepticia ciudadana que confirma nuestros asertos: la exportación del más ramplón de los cantables de "Las corsarias", cuya letra y música empieza el pueblo a entonar. Y hemos oído a los infantiles—en esta época de vacación escolar en que no es tan eficaz la voz del maestro—y a las mocitas y aun a hombres que han derramado sangre en el Rif, que "como los vinos de Jerez y Rioja son los colores de la *banderilla española*", sin que haya un solo caso de españolismo decente que interrogue al ministro de la Guerra si ese canticio no es subversivo, y por lo tanto suficientemente antipatriótico, para castigar a los autores y para multar a cuantos la reproducen con más o menos des-coco.

Así también, la ciudad exporta las modas de sus vestidos impacientemente esperadas por el pueblo, si no las han adelantado las aldeanas para que las señoritas rabien viendo los *progresos*. Y las más excéntricas, deplorables e inartísticas maneras de vestir deambulan por balnearios y poblaciones faltando gravemente a

—¡Muy disgustada! Con lo ROBLADOS que están los hierros de la cama, es imposible dormir.

¡Vaya EN DIOS! Vaya EN DIOS la ciudad, la mala, la que pavoneándose poseer los secretos de la elegancia, de la finura, atraen a los que pretóricos de candidez admiten, copiando, el sello reprochable e inconfundible de la vaciedad *chic*, acicalada de *complets* no ya cosmopolitas—dignos de admiración y estudio—sino de canciones de Bombi. Vaya EN DIOS la ciudad que se adorna con trajectos de insoportable corte industrial, inarmónicos unas veces, anties-téticas las más; extranjerizantes siempre, como si el *acharlotarse* en esta época de post-guerra fuere el ridículo la suma del lógico ideal.

La ciudad destruye las más ingenuas manifestaciones del pueblo, y éste quiere parecerse a ella tomándole las más desdibujadas siluetas, haciendo con ellas una levadura amorral para su comunidad, y que corrompe lengua, música, atavío y costumbres propias para formar una triste amalgama que desvirtúa su remarcada idiosincrasia.

Cuida la ciudad abandonar de su bagaje estival el oropel exótico con que se envuelve; sepa trasplantar al pueblo aquellas sanas facetas que más lucen en su provecho cultural y conseguirá la veneración por doquier y la propia satisfacción de contribuir a la cultura y elevación del pueblo y al bien de la patria.

Pero existiendo una ciudad bien orientada, que sabe dignificar y dignificarse, la cual, indefectible y sistemáticamente, se produce con valencianía para ejemplo de todos, de ella escribiremos en nuestro próximo artículo con ese tesón que necesita la causa de la Personalidad Valenciana.

CARLOS SALVADOR.

1-septembre -20





# LA CIUDAD EN EL PUEBLO

## II

Existe una ciudad bien orientada, que sabe dignificar y dignificarse, la cual, indefectible y sistemáticamente, se produce con valencianía para ejemplo de todos, allá donde se halla, ya sea montaña o playa, bien sea masía o poblado.

Cada individuo de esta ciudad, que es la valencianista, es un constante observador; es un analista a cuyos ojos no escapa la vida del pueblo desde su geografía, historia, economía y política, hasta costumbres, forma dialectal del lenguaje, folklore.

Además, es un orador obligado que, aprovechando cualquier motivo, descubre su corazón patriota y hace un mitin, pronuncia una conferencia, dialoga controversialmente con el más cerrado a la ideología nacionalista. En una misma tarde ha de combatir el centralismo en la mesa de tresillo; ha de cantar la dulzura de nuestra lengua en el grupo de señoritas atiborradas de prejuicios; ha de glosar la bella indumentaria de los aldeanos en la reunión de charlots ridículos y afeminados, y ha de explicar historia al caer de la tarde, cuando el paseo es la hora del disfrute de las gracias de la naturaleza.

La ciudad que desea el bien de la patria, no descansa un momento; es como nuevo adalid o nuevo sacerdote de esta religión del fanático patriotismo.

El valencianista visita la escuela, y conversa con el maestro, e inquiera cómo se da la enseñanza, y aconseja el idioma vernal y expone cómo se da la cultura en Bélgica y Suiza—Estados modelos, en los cuales el problema lingüístico es parecido al de Valencia,—deseando que sea nuestra tierra poseedora de una escuela de semejante organización.

Visita la iglesia y al párroco, y siempre lleno de actividad y celo, se interesa porque el catecismo sea explicado en valenciano, según la voluntad del Papa, y porque los sermones sean pronunciados en lenguaje inteligible, conocido, para que el pueblo que acude al templo de Dios entienda los dogmas y practique las enseñanzas morales y recite las oraciones en valenciana lengua, como se hacía antiguamente. Y para esto, la ciudad valencianista lleva en la cartera suficiente material folklórico que enseña y hace copiar para su mayor conocimiento y rápida difusión.

Y guiado de su inmejorable empresa, allá donde es su estación veraniega, hace merecido elogio de los bailes típicos—danzas de remarcado color nacional,—cuyos intérpretes se exhiben con la clásica indumentaria al son de las cadencias de una música popular llena de exquisiteces y armonías.

La ciudad buena sabe exaltar todo lo que caracteriza a Valencia, y aconseja, prudente, la substitución de algunos detalles novatos que desdoran las bellas costumbres del pueblo. La ciudad buena sabe hacer patria en cada momento; y el pueblo que ve alabada y venerada su idiosincrasia, respira gozosa, y en vez de olvidar o desdenar sus cualidades autóctonas, se aferran a ellas y las cuidan y guardan como a cosa santa con elevado amor paternal.

¿Pudiera hacer más la ciudad valencianista? Puede hacer más con un poco de esfuerzo, muy poco.

Nosotros hemos ensayado un medio educativo de hacer leer el valenciano al pueblo, y nos ha dado un sorprendente y favorable resultado. Debiera repetirse por todos los que, por más o menos espacio de tiempo, conviven con el pueblo. Sencillamente se trata de repartir con alguna profusión la hoja volandera impresa, que lleva trabajos de prosa y verso, glosando asuntos de estimación e interés para la localidad a la que se dedica, siempre que sean escritos con el léxico que le sea más propio, y ninguno más adecuado que aquél que usa el pueblo mismo.

Las colonias veraniegas, al dar valenciano al pueblo, sentirán una inmensa satisfacción al ver que es ávidamente leído por pequeños y grandes, sin hallar tropiezos en la lectura y entendimiento, al paso que notarán los simpáticos propagandistas cómo los lectores sienten la natural inclinación a leer el idioma que siempre vienen hablando.

La ciudad valencianista que tantas delicias y encantos sabe encontrar en su veraneo, fecunda el campo ideológico con los gérmenes del patriotismo; y cada año que pasa sosteniendo el loado título de ciudadano consciente y humanitarista, halla nuevos derroteros por donde hacer cultura valenciana a esas localidades que, en llegar la primavera, ansían la invasión de las colonias para encariñarse con ellas y copiar todo lo que les sea llevado como modelo.

Y como hemos dicho que las dos ciudades, la buena y la mala, dejan sedimentos en el pueblo, se ha de procurar que la ciudad buena esparza sus cosas para contrarrestar las perniciosas notas de los vacuos, los extranjerizadores y los antiartísticos veraneantes.

CARLOS SALVADOR,  
Maestro oficial.



14-set-20